



HOGARES DON BOSCO

FORMACIÓN CRISTIANA

ETAPA III

EL ADVIENTO

ORACIÓN

Isaías: 2,1-5; 63; 11.1-10; 63

Mateo: 1,18-24; 3,1-12.

Lucas: 1,26-39

EL ADVIENTO

¿Qué quiere decir “tiempo de adviento”?

Acostumbrados al calendario civil quizás no somos del todo conscientes de que el año litúrgico, en definitiva el año cristiano, comienza en las primeras vísperas de un domingo situado cuatro semanas antes de la Navidad. Este año cae el domingo 27 de noviembre. A lo largo del año cristiano, la Iglesia en su liturgia nos recuerda y nos hace revivir la historia de la salvación centrada en la Pascua. Combina diversos tiempos fuertes e intensos –Navidad y Epifanía, Cuaresma, Pascua y Pentecostés– conocido como tiempo “ordinario”. El primer tiempo fuerte del año, desde el siglo VI, recibe el nombre de Adviento. Es fuerte por la intensidad de su significado y a su vez es el primero.

La palabra “adviento” procede del latín, de la palabra “adventus”, que quiere decir *venida, llegada o advenimiento*. El verbo “adventare” quiere decir *aproximarse, acercarse...* El Adviento es, pues, un tiempo de espera, de estar atentos a algo que ha de pasar. ¿Qué o quién se acerca? ¿De qué o de quién esperamos la llegada? ¿Cómo lo hemos de esperar? ¿Por qué tenemos que esperar algo?

De la necesidad, virtud

A lo largo del mes de diciembre, en el hemisferio norte, la luz del día se va acortando y el frío se hace cada vez más intenso. La oscuridad y el frío, desde tiempos ancestrales, son símbolos de la muerte. Nada tiene de extraño que en la antigüedad la falta de luz solar y el incremento del frío provocasen miedo. Los árboles caducos se quedaban esqueléticos, las viñas se reducían a cepas retorcidas y ennegrecidas, la tierra no producía y la noche se adueñaba de las horas de la jornada. Todo parecía dirigido a la muerte y a la nada. Por otro lado eran tiempos de carencias en que la vida era muy difícil, el ayuno era casi obligado por la escasez o por la necesidad de administrar los alimentos hasta el fin de la primavera, y el maíz de invierno recién plantado, todavía no germinaba. Prácticamente no había trabajo: injertar y podar los árboles, podar las viñas, trascolar el vino de los lagares... Eran días en los que las personas, impulsadas por la sensibilidad religiosa connatural en los humanos, se enfrentaban más que en otros momentos del año a los grandes déficits de su condición: al mal y, sobretudo, a la muerte. Por esta razón las religiones antiguas ritualizaron durante el mes de diciembre oraciones y gestos encaminados a implorar el retorno de la luz y de la vida.

Entre estas costumbres de raíz religiosa destaca la esperanza en el renacer de la naturaleza. Por esta razón las casas se ornamentaban con ramas de abeto, el acebo, jusbarba, muérdago y musgo. Al lado del verdor que clama por el retorno de la vida, se acostumbraban a encender todo tipo de luces como expresión de la confianza en el renacimiento del sol y, en consecuencia, también en la esperanza del retorno de la claridad y del calor. En los países nórdicos se colgaban piedras en los árboles suplicando el retorno de su capacidad de dar fruto.

En Diciembre se tenía que vivir más rigurosamente que durante el resto del año. Tiempo, pues, de austeridad necesaria. El cristianismo asumió esta necesidad e hizo virtud de ella, es decir, le dio una respuesta y la llenó de sentido.

El cristianismo: la humanidad radical

Ser cristiano quiere decir ser seguidor de Cristo. Y Jesús no nos propone otra cosa que ser humanos

hasta la médula, hasta la raíz. Ser cristiano no es otra cosa que ser profundamente

humano, hasta el límite. Es lógico, pues, que el cristianismo, al encontrarse en estos rituales, los hiciera suyos, ya que el conocimiento del error consciente –el pecado–, de la carencia y del miedo –el mal– y, sobretodo de la muerte –el frío y la oscuridad– marcan las tres diferencias esenciales de la condición humana. Quizás

era durante el mes de diciembre, en una época en la que no se disponía de luz eléctrica, ni de calefacción y en la que el campo era la fuente principal de la vida y del trabajo, cuando se podía ser más consciente de que llevamos la muerte larvada en el alma, pues dentro de nosotros llevamos la semilla de la putrefacción. La muerte del cuerpo, y también del alma... ¿Quién nos puede salvar la vida? ¿Cómo podemos coger, por un lado la muerte y por el otro un sentido en el vivir diario sabiendo que tenemos

que morir? El cristianismo escucha este clamor angustioso de los humanos y le da una respuesta. Una respuesta que llegará pronto. Una respuesta que será verdad, esperanza y justicia. Se aproxima, se acerca... adviento... Por esta razón el Adviento es un momento de esperanza. Uno de los himnos más emocionantes de este tiempo litúrgico es el *Rorate*. Su estribillo lo dice todo: *¡Que los cielos dejen el rocío sobre la tierra y que las nubes nos lluevan lo Justo!*

Para encontrar al que tiene que venir a salvarnos debemos prepararnos. Por esta razón el Adviento es también una invitación a la austeridad y al incremento de la oración; a la práctica de la solidaridad... el que tiene que venir debe encontrar nuestra casa limpia y ordenada. El Adviento cristiano nos invita claramente a hacer todo lo contrario de lo que socialmente es hoy en día el mes de diciembre, tan a menudo obsesionado por el consumo y el estrés.

¿Quién ha de llegar?

A simple vista los campesinos de nuestro hemisferio, en especial en las regiones mediterráneas,

podían observar que el día 25 de diciembre la luz ya se alargaba, sensiblemente, un poquito por la tarde. La luz había triunfado sobre la oscuridad. Pronto el calor ganaría al frío. Los romanos celebraban este día la fiesta *de natalis solis* (el nacimiento del sol). Una vez más el cristianismo situó en este día el recuerdo –*volver al corazón, volver a vivir*– del nacimiento de la esperanza. ¿Esperanza de qué? Que la vida tenía sentido y que había una forma de vivirla que nos podía satisfacer; que el mal podía ser vencido porque el bien era posible; que la muerte –el frío y la oscuridad– no tenían la última palabra.

Sin embargo, paradójicamente, esta esperanza no era un sistema, ni un ejército, ni un líder poderoso, ni un mago dotado de poderes sobrenaturales, ni tan solo un intelectual con una doctrina sólida. Aquello que esperábamos –ahora ya lo sabemos– es un Dios que entra y penetra en la Historia en la figura tierna y pobre de un bebé. De un bebé que nace sin comodidades, al margen de los circuitos del poder y que se manifiesta precisamente a un colectivo social que era el menos valorado de su época. El primer fruto del Adviento será la ternura. ¡Quien haya tenido un bebé en sus brazos sabe muy bien lo que es!

Nuestro Adviento

Así, pues, el Adviento es tiempo de esperanza y de preparación para la venida de Jesús. Nuestro año

cristiano comienza por hacernos conscientes de nuestra oscuridad, nos da esperanza para esclarecerla y nos propone que recibamos la venida de Jesús –en la historia, en la eucaristía y en el fin de los tiempos– con actos de austeridad, oración y solicitud del perdón de Dios. Ayudémonos de los simbolismos de la corona de Adviento que podemos poner en el centro de nuestra oración: el círculo de hojas verdes, es un símbolo de Dios (que como el círculo, no tiene principio ni fin) y de la confianza en el retorno de la vida (verde); cada vela encendida el domingo simboliza que la luz divina progresivamente va disolviendo la oscuridad del sinsentido y del pecado hasta llegar al estallido de la luz, que es Jesús. Finalmente, la cinta de color rojo, que suele adornar la corona, constituye el

símbolo del amor misterioso de Dios por la humanidad.

Pero de manera especial la Iglesia, para ayudarnos a vivir el tiempo de adviento, nos presenta el ejemplo de los que vivieron en tensión hacia Aquél que era la esperanza, desde la antigüedad: el pueblo de Israel, en su caminar, no exento de dificultades e infidelidades, hacia la tierra prometida; el profeta Isaías, Juan Bautista; José, el esposo de María, la llena de esperanza, la que dijo sí plenamente a Dios.

¿No esperamos, de hecho, en estos días, sentir el amor de Dios dentro de nosotros que se expresará el día 25 con la llegada de Jesús, el bebé?

Preguntas para reflexionar

1.- ¿Somos conscientes de las deficiencias y ambigüedades de nuestra condición humana? ¿Qué

reacción tenemos ante el mal, el pecado y la muerte? ¿Qué pensamos de ellas?

2.- ¿Cómo preparamos la llegada de la Navidad? ¿Somos capaces de ordenarnos con austeridad o no podemos dejar de estresarnos en esta especie de vorágine consumista incluso en tiempos de crisis?

3.- ¿Rezamos más y mejor? ¿Intentamos prepararnos adecuadamente para recibir el sacramento de la reconciliación?

BIBLIOGRAFÍA

OBISPOS DE CATALUNYA. *Al alba del nuevo siglo. Carta de Adviento*. Ed. Claret. 2002